

Los primeros pasos de la biblioteca

Por Edgardo Civallero Licenciado en Bibliotecología

Los Andes online. Mendoza, Argentina, martes 9 de mayo de 2006

Los primeros centros de conservación de documentos (archivos y bibliotecas) surgen, como es lógico, en la cuna de la escritura: las ciudades-estado de la antigua Mesopotamia y Asia Menor. Hacia el 3000 aC, las urbes sumerias y acadias comenzaron a crear los primeros depósitos de la palabra escrita. El ejemplo se reproduciría, más tarde y en forma independiente, en otros focos culturales en los cuales también se generaron sistemas de escritura: China, América Central, India...

Escritura significó posibilidad de codificar información y datos, transformarlos en conocimiento transmisible y perpetuable. Pero también controlable, deformable y manejable. La información es poder, y su control permitió la gestión de grandes imperios, así como la transmisión de imágenes estereotipadas de las clases dominantes a las generaciones posteriores.

La memoria de los pueblos se almacenó, pues, en estos centros de gestión del saber, incluidos, por lo general, en palacios y templos, de los cuales dependían, y a los que estaban sometidos ideológicamente. La información práctica se acumulaba en el archivo; los textos literarios, religiosos, históricos y lingüísticos, necesitados de mejor tratamiento, en las bibliotecas.

Escritas en alfabeto cuneiforme, las tablillas de arcilla usadas como soporte material de la información valiosa eran manejadas cuidadosamente por los primeros bibliotecarios, funcionarios del poder de turno que comenzaron a desarrollar las primeras herramientas de organización y clasificación de estos fondos.

La información estratégica y la memoria grupal son la base de la identidad, el progreso y el desarrollo de una civilización y, como tal, están sujetas a una mayor preservación por los gobernantes de un pueblo... y a una mayor amenaza de destrucción por sus enemigos.

Las tablillas carbonizadas de la ciudad asiria de Nínive, por ejemplo, certifican estos destinos, que aún hoy podemos presenciar en Sarajevo o Bagdad.

El "memoricidio" se convirtió en una agresiva y eficaz manera de eliminar todo vínculo de una sociedad con sus registros escritos, lo que equivale a borrar su cultura y su historia, o sea su memoria. Y un pueblo sin memoria -escribió Galeano- es un pueblo sin futuro.

Así, la biblioteca nace signada por una enorme responsabilidad, una misión que no perdería nunca: recuperar, conservar y proteger el conocimiento y los hechos pasados de un pueblo para perpetuarlos entre sus descendientes. Las bibliotecas son, por ende, verdaderas gestoras de la memoria humana.

Más allá de las fronteras mesopotámicas, el mundo alumbró otras civilizaciones. En los valles del Indo y del Nilo, en China, en las selvas de Mesoamérica y, más tarde, en la cuenca del Mediterráneo, distintas sociedades comenzaban a elaborar sus propios códigos escritos y a plasmar su información en aquellos materiales y formatos que creyeron más adecuado: seda, bambú, palma, fibras de ágave, madera, piedra, metal, papiro, cuero, cera, hueso... De una forma o de otra, en rollos o en dípticos, en tiras o códices, fueron naciendo los primeros libros.

Antes de que en Europa se iniciara la era cristiana, las sociedades mediterráneas y asiáticas habían sido testigos del fulgor y la desaparición de enormes bibliotecas y centros culturales (Alejandría, Pérgamo); del poder de los libros sagrados y las leyes escritas; de la gloria perpetuada en inscripciones laudatorias, que proclamaba también la vergüenza y la derrota de otros... La cultura se abría camino y ganaba su espacio, y la escritura demostraba su poderío inherente, invento y regalo de los dioses destinado a repetir por milenios las voces ya calladas.

Los grandes imperios cedieron ante la expansión de los que habían estado fuera de escena, culturas "bárbaras" que, en el transcurso de un par de siglos, tomaron el control del mundo y rediseñaron los mapas: árabes, normandos, eslavos, germanos, hunos, mongoles.

Acompañada de una serie de eventos bélicos que ocasionaron severas pérdidas materiales y humanas, y profundos cambios sociales, económicos y políticos, esta expansión provocó la destrucción de un inmenso acervo cultural, cuyos restos quedaron en manos de los vencedores.

La Europa medieval, el mundo árabe, el imperio Mogol, desarrollaron culturas magníficas, en las que el libro ocupó un lugar destacado como obra de arte y como vehículo para la antigua sabiduría y los nuevos conocimientos.

Musulmanes, budistas, hebreos y cristianos lograron recuperar y hacer durar (hasta nuestros días) las ideas de un mundo desaparecido para siempre bajo las cenizas, a la vez que propagaban su fe y enseñanzas por África, Indochina, Asia Central y el norte de Europa.

Sobrevivieron, así, retazos de saber milenario. Y las bibliotecas, alojadas en monasterios, palacios o mezquitas, continuaron manteniendo viva la cultura y la memoria, aunque el poder de esta información continuaba, como siempre, lejos de las manos del pueblo, en su mayoría analfabeto.

El Renacimiento europeo -coincidente con el florecimiento de riquísimas y exquisitas civilizaciones en América Central, en los Andes, en el África sub-sahariana, en Persia, en Indochina, China y Japón- fue testigo de una oleada de invenciones, desarrollos técnicos y nuevas formas de pensamiento, que permitieron la expansión de los territorios y de las mentes. Comenzaron los intercambios, los cruces culturales, los aprendizajes. Y también las masacres, las conquistas y el descubrimiento de formas más rápidas de escribir y de matar.

Esta época conflictiva, de desarrollo fascinante, afectó al libro y a la biblioteca: merced al perfeccionamiento de las técnicas de impresión, el texto escrito escapó de su encierro en los claustros y alcanzó las universidades y las ciudades. Pero esa -la historia de la difusión del libro- es una historia sobre la cual hablaremos en una próxima oportunidad.